

Muy señor mío:

En fechas recientes he leído un curioso libro que trata sobre la vida misma. Muy interesante. Debido a que en su periódico, mis reflexiones serían más que resumidas, me tomo la molestia de utilizar este otro medio, sintiendo mucho que Ud., y su diario, no puedan disfrutar de mis palabras. El relato, que realmente me sorprendió y me hizo pensar, y que a modo de novela leí, venía a contar algo parecido a esto...

[...] la tarde se hace gris.

Sentado en el sofá de casa, no paraba de pensar en los difíciles momentos en los que me encontraba inmerso. Los pasos que me habían llevado a esta situación los conocía bien, fueron meditados, masticados, digeridos y asumidos tiempo atrás, aunque nunca llegué a pensar en las trabas que aún me iban a ser impuestas.

Había comprendido el valor de las cosas materiales, efímeras como un café, y había terminado de aprender a disfrutar de las cosas sencillas. La pena, pensaba, es que una criatura tan pequeña no pueda comprender las situaciones absurdas en que nos enfrascamos los mayores.

Suena el teléfono, y contesto apesadumbrado. La voz femenina al otro lado, me resulta familiar. Una buena amiga, que tiempo atrás, había sufrido los avatares de la guerra y luchas intestinas, que desembocaron en un gran combate. El poder contra la inteligencia. Una guerra psicológica que ganaría el más resistente, el que mejor se adaptara al terreno de la carrera de fondo.

-Hola, soy Alicia, ¿cómo estás?

-Bien, -respondí.

-¿De veras?

-Sí, -dije, sin mucho convencimiento.

-No lo parece.

-Bueno, ya sabes, unos días estás mejor que otros, y el tiempo no acompaña.

-Lo sé, -dijo Alicia con voz dulce. Vengo de la calle y hace frío, apetece un café y un rato de sofá.

-Así estoy yo ahora, delante de un café caliente, si te apetece, estoy en casa sin planes.

-Te lo agradezco, pero hoy no puedo acompañarte, aunque me gustaría estar contigo. Por cierto, ¿ha salido ya algo de lo tuyo?, ¿se sabe alguna fecha para el juicio? La última vez que hablamos pensabas que sería para Junio.

-Sí, lo sé, eso pensaba, pero la Justicia no es tan rápida a veces como nosotros deseáramos. No, todavía no ha salido nada en concreto, aunque creo que nos pondremos en Julio, sino en Septiembre. Es lo que pienso, tal y como van las cosas.

-¿Y ha mejorado algo en los últimos tiempos?, -preguntaba Alicia, preocupada.

-Nada, incluso últimamente parece que empeoran las cosas. Y lo peor, ¿sabes?, no es que mi situación económica sea insoportable, no, el dinero sólo es dinero, y algún día sé que me recuperaré. El problema principal con el que me encuentro ahora, y por lo que estoy luchando, es porque me han llegado rumores de que en el entorno de Carmen, están haciendo comentarios delante de Iván, sobre mí, y sobre mi situación como padre hacia el menor, y eso no lo puedo consentir.

-No me lo puedo creer, -respondía Alicia, al otro lado del teléfono, con voz incrédula.

-Sí, así es. No quiero hacer demasiado caso a los comentarios que he escuchado, simplemente son rumores, pero algo de cierto han de tener, por cómo estoy observando el comportamiento de Iván hacia mí estas últimas fechas. Nunca he estado mejor mental y físicamente como ahora, pero no puedo obviar el hecho de que a mi pequeño le inculquen mentiras. Ya está sufriendo bastante como para que ahora, le confundan aún más.

-Pero él te conoce y sabe que le quieres, al igual que él a ti, no debes preocuparte más de lo necesario, -decía Alicia a Fernando, poniéndose en su lugar, y procurando entender la situación por la que él estaba pasando.

-Ya, Alicia, si cuando estoy con él, se me olvidan todos los rumores y chismes. Cuando estoy con él, soy yo, tal como entiendo mi paternidad. Formamos un buen equipo. Cuando estoy con él..., -Fernando entró en un silencio más largo de lo normal en una conversación, lo que hizo que Alicia, en un intento por rescatarle del mal trago que estaba pasando, y con voz suave, procuró, de nuevo, sentir lo que por la cabeza de su amigo sucedía. Sin embargo, sabía que lo que en estos momentos necesitaba Fernando era, simplemente, un abrazo.

-Fernando, escúchame, por favor. Ahora mismo no puedo quedar, pero si quieres, nos vemos luego a las siete en el Café de Indias, ¿te parece?, y así podremos charlar más detenidamente, ¿vale?, no me gusta verte así, sin poder estar a tu lado.

-Gracias Alicia, sí, mejor nos vemos luego, ahora no puedo hablar. A las siete en el Café de Indias, allí estaré. -respondió Fernando más tranquilo.

-Anímate, ¿de acuerdo?, no me gusta verte así, y lo sabes.

-Claro, yo tampoco deseo estar así. Un beso y gracias de nuevo.

-Hasta luego, Fer.

-Ciao.

La tarde se hace gris, todavía, el tiempo pasa, sin prisas, pero sin detenerse, obviamente. No se hace larga la espera, simplemente es esperar a que pase y llegue el momento de salir. Todo tiene un fin, o un límite en el orden espacio temporal. Mi tiempo y espacio estaban por llegar en breves momentos. Sin embargo, tampoco hacía nada por escapar de esa pesadumbre, de ese trocito de lentitud, del mal trago de, sin saber qué hacer, no permitirme levantarme del sofá, que me ata hasta saciarme.

La brisa en la cara me hace despertar de unos pensamientos que, realmente no me llevan a ninguna parte. Delante de mí, y a mi alrededor, se muestran un mundo y una realidad, que mucho dista de lo que hasta pocos momentos antes, circulaban por mi cabeza.

Hay cosas que nos impiden ver más allá de nuestra imaginación, como decía el título de una película que vi, hace tiempo, “La vida es bella”. Hay cosas que deberían hacernos felices, por simples que sean. Muchas veces he pensado que las cosas sencillas se nos escapan y pasan a nuestro lado, por no pararnos y disfrutar de ellas, simplemente por el mero hecho de qué dirán, de sentirnos o mostrarnos vulnerables al admirar un objeto o un olor.

Aquella tarde, de cielo encapotado y amenazante de lluvia, paseaba entre la gente, observando lo que acontecía a mi alrededor, fijando la mirada en los vehículos que transitaban junto a mí, o los que, impacientes, aguardaban a que la luz verde del semáforo les librara de la obligatoriedad de frenar y detenerse.

Los árboles mantenían un constante ir y venir, dejando caer a sus pies, algunas de las hojas que durante los cálidos días de primavera, nos protegen con su sombra, y

albergan verdaderas algarabías al atardecer, de aves en su dormitorio. Ahora, son otras aves las que regresan de sus cuarteles de inviernos, lejos del frío invierno, y cruzan el Estrecho en busca de lugares cálidos para pasar la época de cría, haciéndome recordar que tiempo atrás, yo también crucé el “Charco”, un “Charco” muy largo, en busca de paz y sosiego bajo palmeras, playas de arena blanca y aguas cálidas y transparentes. Paz y sosiego que por otro lado no encontré, pero eso es otro libro.

Cada pocos metros caminados, se sucedían un sin fin de personajes diferentes; la universitaria que, enfundada en su apariencia sport, y con una pequeña carpeta de apuntes, aguardaba en la parada del autobús a que se aproximara el que rezaba RC en su frontal, ya a la vista.

Próximo a mí, a dos metros delante, caminaba una anciana, con paso gastado y cansado, lento y cabizbaja, ataviada con oscuros ropajes. Supuse que tiempo atrás habría sufrido la pérdida de un ser querido, qué sino, la iba a hacer vestir de aquella manera. Un luto a la antigua usanza. Ahora, por estética o por nuevos hábitos, decimos que el luto va por dentro, y en eso no le quito la razón a nadie, un buen luto se lleva siempre. El hábito no hace al monje, no señor, pero los sentimientos siempre están con nosotros y nos acompañan, aunque en este caso nadie los vea, salvo que los dejemos entrever, o los enseñemos descaradamente.

Más allá, me cruzo con una pareja de mediana edad, más o menos la mía, aunque con la cara señalada por el tiempo. Me quedé observándoles un rato, sin acelerar mis pasos, que iban en la misma dirección que los suyos. Iban cogidos de la mano, caminaban sin prisas, charlando amigablemente, como se supone que debe ser entre las personas adultas, y en este caso, presuponiendo amor compartido.

Pensé en el posible tema de conversación y sonreí. Tiempo atrás, mis pasos también compartieron los de otra persona, y pude intuir, por sus miradas y algún que otro gesto, sobre lo que podrían ir hablando.

El semáforo detuvo mi caminar, aunque por poco tiempo. Estaba rodeado de gente y eso me hizo sentir bien. El viento corría y jugaba entre nosotros, y algunas hojas, empujadas por él, se precipitaban hacia los coches, buscando su fin.

La luz verde y la figura del peatón caminando, devolvieron las prisas a quienes me arropaban, y unos y otros nos abalanzamos hacia la otra acera, cruzándonos, esquivándonos para, así, evitar el roce de nuestros cuerpos. Siempre me pregunté, por qué, si queremos ir hacia la izquierda en la acera de enfrente, no nos colocamos a la izquierda en nuestro lado del paso de peatones. Bueno, somos así, -pensé..

Mi destino, y el encuentro con mi amiga Alicia, se aproximaba y me sentía contento, bien, por el placer de una próxima conversación con quien sabes que te entiende y escucha. Cerca de mi objetivo, presencié una escena que me detuvo. Parecía que en ese instante y en ese lugar, se había creado un oasis dentro de un desierto. Siempre dije, que a pesar de estar rodeados por una multitud, se puede estar solo, no porque nadie te rodee, sino porque da la sensación, que a veces, el mundo no existe a tu alrededor.

En esta ocasión, se trataba de un espejo de mi vida. En un banco cercano, se encontraba una escena conocida y que, tiempo atrás, me hizo el hombre más feliz del mundo, y que ahora, por circunstancias de la propia vida, no se repetía con la normalidad y cadencia que me hubiera gustado.

Se trataba de un momento especial, donde un padre comparte con su pequeño, de apenas un año de vida, y todavía sentado en su carrito, en el parque y al aire libre, un rato de juegos. El bebé agitaba las manos, abiertas, excitado, pendiente de los movimientos y juegos que su papá le hacía, y de las risas que de él surgían para provocar al pequeño. Lo más importante fue verle ajeno a todas las personas que por ahí

pasaban. Él y su pequeño, su pequeño y él, nadie más. La locura humana estaba dejando un hueco en aquel parque, en aquel banco de hierro forjado, negro y frío, pero lleno de cariño y amor. La fortaleza frente a la debilidad, la experiencia frente al recién llegado.

Desde mi perspectiva, aprecié sus miradas, cómo se comunicaban entre sí, a veces no había juegos, simplemente una mirada “de hombre a hombre”, de padre a hijo, transmitiéndose una información vital para éste último. Saber que quien está ahí delante daría su vida por él, por el ser indefenso. El pequeño, con los ojos abiertos como una rapaz, absorbía todo lo que veía. En estos momentos, nada que no fueran los gestos, las palabras, las risas y miradas de su padre, le distraería.

Esto me hizo pensar y recapacitar en lo que tanto se tiene y en lo que se puede perder o convertir tu vida en el transcurso de un año. Siempre hubiera querido pensar que aún teniendo un reto importante por delante que superar, y que por muy difícil y ardua fuese cualquier negociación, siempre hay un lugar para la charla y el entendimiento, pero hay momentos, cegados quién sabe por qué motivo, que cerramos los ojos y no queremos ni siquiera hacernos cargo de la situación en la que quedaría el contrincante.

A pesar de todos estos momentos de incertidumbre, pensé sobre el futuro, un futuro que se cierne oscuro sobre mí, y que no deja descansar mis sentimientos, mi imaginación, y sobre todo, el no saber hasta dónde podré aguantar, ni hasta dónde podré llegar en las condiciones en las que ahora camino y vago.

Nunca pensé que el egoísmo y la falta de conciencia humana, pudiera acabar así, pasando sobre un inocente que no tiene culpa de nada, y que lo único en que piensa es en querer y recibir el cariño necesario para crecer, crecer como niño y como persona.

Poco a poco, recuperé mi caminar hacia el Café de Indias, donde me aguardaba Alicia, mi gran amiga. Siempre siguió mis pasos y mi cabalgar por los avatares de la separación de Carmen. Ella nunca entendió la situación, que un Juez, siempre pensando en el bienestar de un menor, me impuso, obligándome a sobrevivir en la jungla del diario, en el no saber cómo llegar no al final de mes, no, sino al día 10, yéndome muy lejos. Alicia, atónita, siempre escuchó cómo mi vida entera, circulaba entorno a 250 euros mensuales para vivir, para estar con Iván, para comer y atender las necesidades básicas diarias.

Alicia, aprendió a mi lado a valorar cosas pequeñas, como este café, que lógicamente, iba a pagar ella esta grisácea tarde de primavera. Aprendió también a disfrutar de pequeñas sensaciones, de olores, de colores de la vida, esta que surge y desaparece a diario, fugazmente, sin que nos paremos a disfrutar de ella antes que nos perdamos en la inmensidad del infinito de la muerte algún día, que tarde o temprano llegará, y que irremediamente, será demasiado tarde para disfrutar con los pequeños regalos de la vida misma.

Así me encontraba yo ahora, y no por ello bajé la sonrisa a quien me la ofrecía, o a quien me animaba o convidaba a un detalle. Había aprendido muchas cosas en poco tiempo, por ejemplo, que una barra de pan, puede durar tres días, que la comida no se estropea en algunas bandejas del frigorífico, que un donnut es un lujo, cuánto más salir de cañas con los amigos, ¡uf!, lujo asiático por estas fechas. Gracias a la Justicia Española, representada en la sentencia de Medidas Provisionales, aprendí que el tiempo que se pasa ahora con Iván es oro puro, y que gracias a ella, ahora sólo puedo disfrutar de él 5 días al mes.

Lo peor está por llegar, la recopilación de documentos, certificados, informes y demás burocracia, acaparaban todo mi tiempo y mis pensamientos, preparando una defensa ante la Ley y ante la Sociedad por abandono del hogar, por borracho, por ladrón, por mal padre, por evadir mis responsabilidades como padre desde el nacimiento

de Iván, por no prestarle los cuidados necesarios para su desarrollo y por otras tantas cosas más, y que tanto daño quieren hacerme. Y sin embargo, la verdadera razón que me han llevado ante los tribunales es por el vil metal, por la falta de conocimiento, por la avaricia y el miedo a sentirse abandonado y desprotegido, por muchas circunstancias a la vez, y que todas juntas, me han llevado a buscar abogado. Lástima que me di cuenta tarde del desamor que imperaba a mi alrededor, lástima el no haberme sentido querido, lástima el no decir ni valorar mi esfuerzo diario. Sólo una pena mía, no haber querido como ahora sé querer a una mujer, y no haberme dado cuenta, que a pesar de no tener lo que necesitaba, debía haber entregado aún mucho más de lo que hice hasta el día que decidimos acabar con esto. Da pena ver cómo todo a tu alrededor se derrumba poco a poco, pero mucha más da, ver cómo, por cuestiones económicas, todo cae y se precipita a un abismo, que cada vez, se hace más y más profundo. [...]

Señor director, gracias por entrar en esta web y leer lo que aquí he querido reflejar, y valga este sencillo relato, que por casualidad me he encontrado releando antiguos libros de mi padre, y cuyo autor, me es desconocido, para que piense un poco más en su apartado “Cartas al Director”, destinándole un poquito más de espacio en su periódico. Creo que personajes anónimos, como yo soy, tenemos mucho que contar a veces, y que la Sociedad debiera también compartir. Muy agradecido.

Reciba un cordial saludo.

D. Iván Casillas Jiménez.